

Y Folletos CASTELLANO una sociedad de ... y Alfonso ... social - contempo ... Mella. - Los estudio y réplica) ... La doctrina interesante extrín ... (libro) ... Temas subver ... Páginas de ... lutas y rebelde ... crisis del anar ... El botón de ... gen de todos los ... Sachka Ye ... y otros cuentos ... la sala número ... vida ... arero ... Varenka Ale ... cuentos ... El día del ... El día impa ... rubies ... hermanas Gyur ... Gyurkovics ... Guitkovics ... por Ricardo Me ... illa, por David ... por Rafael Ba ... do, por Enrique ... Eusebio Car ... a, por Aquilino ... Manuel Buena ... nario, Agustín ... canción del ... Salvador Cor ... ampealino, Anto ... Kropotkin ... so Blaja ... todos, por Luis ... a social, por ... movimiento ... l, por Mario ... uo, de C. Ca ... or L. Bulli ... alatosta ... udenko ... por R. Mella ... iación, por Id ... intento ... por Franck ... derot ... por Id ... tal, por Id ... or F. Kro ... ón, por E. ... beau ... tamento, por ... por E. Car ... or P. Gue ... agón ... ATRALES ... ma en 1 ac ... ólogo dra ... nta ... ol ... V. González ... en 1 acto ... a dramáti ... E. Pico ... erto dramá ... Gori ... o, drama ... ulroule ... ata, drama ...

La Antorcha

Corresponsales y Vendedores: ANGEL PETRARCA TACUARI 653 SUBSCRIPCIONES Para la Argentina: Trimestre \$ 1.50 - Año \$ 4.00 Para el exterior: Año \$ 8.00 EXPONER DE LA ANTORCHA: Aquí el surco, aquí la semilla, aquí la espiga, aquí el derecho. Bóvto

EL ODOIO AL PELO

La Liga Patriótica Argentina se ha dirigido a la Conferencia Panamericana, pidiendo se adopte una disposición del conjunto para impedir la entrada o rechazar de estos países, a los hombres de ciertos credos o razas, que traen o aportan un espíritu contrario a las costumbres nacionales. Por casualidad, en este mismo tiempo se producían los hechos de Jujuy, con nuestro camarada Bianchi y más de cuarenta compañeros, que muestran algo de estas costumbres nacionales, de filiación directa tartara o beduina, defendidas con irritación por el gobierno de Jujuy, y suponemos por la Liga Patriótica Argentina, que se ha cuidado muy bien de condenarlas. Aparte de las palizas con rebuques, ejecutadas por comisarios y aún por el propio jefe de policía, nuestros compañeros fueron sometidos a la operación de raparles la cabeza y despojarles del bigote, con la intención de afrentarles y largarles desfigurados. Ya sabemos que el pelo, como el vestido, pertenecen a la propiedad de la presentación personal, habiéndose hecho un consenso general, que todo el mundo respeta, de no poner la mano sobre ello, que es algo peor que ponerla sobre la persona para cualquier otro atentado o violencia física. Así hemos visto que la mayoría ha desdenado o hecho poco caso de los rebencazos, ante esta mutilación del pelo, que significa un atentado a la propiedad de la presentación personal, y que lleva el sello del sarcasmo y de la infamia. Todo el mundo ha visto a los pacientes en el banquillo, y se ha representado el aparato de la violación, mientras se llevaba a cabo, bajo los rebencazos, la brutal violencia... Así es como se ha hecho entregar el pelo a los compañeros, e incluso a Bianchi, en los calabozos de la policía de Jujuy. El odio al pelo es bien conocido y bien antiguo en el gaucho, y él se unía al odio a la crin — es decir al apéndice piloso del caballo —, en que el criollo exhibía su coquetería o su arte. Este

tipo ha sido siempre un presumido; por eso quizá estos apéndices pilosos — del jinete y del caballo —, han tenido para él más valor que para cualquier otra persona. Cuando un comisario odiaba a una persona — y es una cosa que reaparece aún hoy —, su odio iba al pelo o al tulo del caballo, las dos cosas más características de su presentación personal y de su triunfo entre las mujeres, y no paraba hasta mutilárselos, cosa que sucedía en cuanto le tenía en sus manos. Pero su odio al pelo ajeno, no era sino exagerado amor y cuidado del propio. La prueba es, que los que de esta manera mutilaron el pelo y arrancaron los bigotes a nuestros camaradas, de gobernador abajo, son paisanos de pera, en cuya conservación manifiestan el más celeso cuidado. De éstos ya van quedando pocos, y aunque parezca mentira, la presunción criolla de coquetería se aloja en ellos; es decir, la alojan en sus peras... Lo de Jujuy, pues, ha sido el ataque de los hombres de pera muy presumidos, al pelo o bigotes que adornaban a nuestros camaradas. Con el dolor que les produciría ver mutiladas sus peras, así han mutilado el cabello, o dejado ridículamente rabonas las cabezas de nuestros compañeros. Fuera de toda cosa, la propiedad de la presentación personal, en esto del pelo como todo lo demás, es un derecho intangible del hombre, y no debe poner su mano sobre ello la autoridad. Nuestro amigo Bianchi, que llegó justamente a Jujuy para dejar su cabello en manos de la policía jujeña, llevado al banquillo a rebencazos e injurias, pasea hoy su pelada cabeza como un testimonio de la infame mutilación que le infligió la policía de Jujuy. "No permitáis llegar hombres que alteren el espíritu de las costumbres nacionales", dice la Liga Patriótica. Con furia han defendido también su acción los hombres de pera del gobierno de Jujuy.

REFLEXIONES

Poco podemos hacer, pero debemos hacerlo

Vale mucho indudablemente todo momento que se puede aún vivir, pues después de esto ya no haremos nada. Ni razón ni sentimiento, ni odios ni amores, todo quedará sellado en el instante de la muerte o tal vez algo antes, y no se resistirá más al enemigo, ni ninguna de las cosas que nos encalabran podrán destruirse más, aunque se presenten más desvergonzadas que antes, y hubiera sido cosa fácil para nosotros poseyendo un rayo de vida, demostrar su falsedad. Morir es dejar el campo libre, libre absolutamente, quitar nuestra sombra de delante de la lámpara, entregarlo todo a los que quedan vivos, buenos o malos, amigos o enemigos, hombres de cualquier altura, ignorantes o capacitados, equivocados o falsarios. No podremos refutar la palabra mala, ni aún aquella que refutamos siempre, ni mover una brizna, ni enviar un viento que vuelva el libro sobre cierta página que habíamos escrito, para nosotros muy elocuente, en abono de la buena... Esto, todo, debemos dejarlo a los otros, que nos desconocan o nos ignoren, se den cuenta o no que hemos existido y hemos pensado alguna vez sobre algún asunto o manifestado una opinión o un sentimiento sobre alguna cosa. Ya no estaremos nosotros para parar o enderezar nada, aunque sea lo verdadero o lo justo, ni para defendernos o defender nuestras ideas. Pues bien, cuando pensamos que esto nos ha de acontecer, les ha acontecido y les acontecerá a todos sin excepción, aún a los hombres de más rico espíritu o los gigantes de la acción que no hubieran dejado una cosa sin responder, avaloramos mejor el momento

presente y comprendemos mejor el reproche que se nos hace: "Muy poco podréis hacer, y vosotros mismos ponéis en peligro las satisfacciones de la vida; si dais una pequeña dentellada al Estado será mucho, y tal vez éste se habrá curado antes de que deje de estar tibio vuestro cadáver".

Esta es la verdad: muy poco podemos hacer. Cuando nos detenemos sobre la vida de Bakounin, Caffiero y otros, o sobre los libros de Reclus, Kropotkin, Barrett, etc., todos superiormente dotados, y cuyas vidas han corrido llenas totalmente, mucho más llenas que las nuestras, debemos confesarnos que muy poco podemos hacer, muy poco se puede hacer, y quedará esto mismo desvalido, o murmurante como una fuente oculta, a la que muy poco o nada subirán a beber los hombres. Mientras estamos vivos, estamos nosotros para hacer nuestro reclamo, para hacernos escuchar o respetar, y siempre podemos producir nuevas cosas en apoyo de aquello que nos es discutido; en una palabra, luchar por ello. Pero, cuando estamos muertos, hemos cesado de luchar, y nuestras propias victorias pueden dejar de prevalecer, volviendo a cerrar el árbol el escudo de corteza que habíamos arrancado de él.

Pero, si poco podemos hacer nosotros, poco pueden hacer también los hombres que dirigen el Estado, o los que se enriquecen, o los que pasan su vida tratando de mejorar su posición. Si se cerró la herida antigua, y la reprensión antigua, ahora no son ya solamente los hombres superiormente dotados, que siempre son excepciones; se ha hecho popular el ataque que a veces adquiere una gran extensión, lo mismo que la necesidad de reprimir. Mucho más poco, pues, han podido hacer éstos para lo que les interesa. Y así van corriendo sus vidas, paralelamente con las nuestras, a un mismo término: la muerte. Es una gran macana que nos

otros no tengamos más poder de hablar, de poner una cosa en su punto, de deshacer o destruir una añagaza; pero es una macana mayor que el ex-gobernante no tenga más poder de señalar a los que se ha de ejecutar, cuando había adquirido la práctica o el buen golpe de vista en esto...

Dos convencionales

Nos ha sorprendido días pasados leer en las informaciones de la prensa burguesa, que entre los convencionales reunidos para reformar la constitución provincial de Córdoba, se encontraban los diputados socialistas Justo y Repetto. Estos, como todo el mundo sabe, viven bien en esta capital y son diputados por ella. ¿Qué tienen que ver éstos en Córdoba, nos hemos preguntado, si no viven en ella; o es que es la suya una colaboración indispensable o profesional, a la formación de los estatutos de todos los Estados argentinos? Pero muy luego, hemos caído en la cuenta de que si no viven en Córdoba, han de ser propietarios allí; allí han de estar ubicados los campos que se les atribuyen, y esto explica su derecho a recibir un mandato para revisar la constitución del Estado...

¡Qué linda cosa! Sobre estos campos, en que no reside el propietario o sólo se presenta para cobrar la renta o el alquiler, una cantidad de agricultores sudan, penan y trabajan, unidos a la vida y al destino de las restantes clases o habitantes de la provincia. Luego se trata de hacer venir al propietario para que les dé también la ley, el código político que funde las autoridades que los han de exaccionar y han de soportar. No tienen vergüenza Justo y Repetto de ir a Córdoba a dar la ley local a sus pobres medieros o inquilinos? Lo único que los une a Córdoba es el derecho de propiedad a una parte de su suelo; y es lo único en que puede alcanzarlos también el estatuto que ellos dicten. Lo demás será para los cordobeses, y ellos residen en Buenos Aires, recibiendo sólo una parte de la riqueza de Córdoba por su derecho propietario: riqueza que los trabajadores cordobeses han de producir, para alimentar a sus patrones y sus convencionales.

Un mantecado que está contento

Con la fundación de la U. S. A., muchos de la antigua plana mayor camaleónica quedaron desplazados; es sustituyeron camaleones más nuevos, y aquellos pasaron a constituir una plana mayor doctrinaria, retirada de la acción, que contiene en verdad bien poca cosa, fundando la Agrupación Sindicalista, y editando de vez en cuando un número de "La Batalla Sindicalista". Entre éstos está Pellegrini, que sus compañeros de agrupación resolvieron enviar a Rusia como delegado, y que ha regresado últimamente. Los que conocen ya a Pellegrini, saben que es de lo peorcito que podía mandarse para hacer un informe de alguna consideración, y así ha pasado enteramente sin importancia lo que éste dice en "La Batalla Sindicalista". Para el caso es como si no hubiera ido nadie. Además, que el revolucionarismo de Pellegrini es una cosa que hace reír. Este hombre se ha distinguido únicamente por sus virtudes aprehensoras, y no por ninguna clase de vista o de talento sociológico, y menos por el revolucionarismo. Últimamente, antes de ir a Rusia, le hicieron creer que un sindicalista de su talla debía casarse por la Iglesia, y así fué: se casó por la Iglesia. Casado ya, no sabemos si dejó su mujer al cura, o si la llevó consigo a Rusia, confiándola por la noche al cuidado de algún pope. A este delegado, según cuenta, lo mantecaron varias veces, le dieron infinitas mantecaduras, y lo recuerda con fruición, porque los rusos, adivinando al mantecado, que comprendieron inmediatamente, le hicieron creer que éste era un testimonio de simpatía que su-

La gira de Pacheco a Chile LOS CARTELES DEL CAMINO

Mendoza

Después de un galope de indios, de malón en pampa estéril, Mendoza salta a los ojos como una albricía. Se ve surgir, levantarse como una bandera verde sobre la tierra roja. El alma se pega a la ventanilla como un muchacho a una vidriera de golosinas. El tren relincha y se encoje bajo sus frenos como un caballo hecho rajar sobre el patio de su querencia. Para y nos densillamos. Pues que son los pasajeros, nosotros mismos, las prendas de su recado. Como bajeras, humeantes y sudorosas, salimos para tendernos en las ramadas.

Mendoza es la ciudad verde, el valle de las guirnaldas y las acequias. Caminos de hormigas blancas a la vera de los sauces pensativos. Pañolones estampados que caen sobre pies descalzos. Belleza humilde, que huele a tierra, a raíces húmedas, a naturaleza fresca. No nos habléis de sus cumbres. Ellas se yerguen estériles, vibrantes de alta-nería. Miran de arriba, desdeñosas y coléricas, a esta Mendoza sencilla y trabajadora; a esta Mendoza que vemos como a una mujer del pueblo con una tinaja de agua.

Mendoza verde y surgente, cuaja en nuestra mente un símbolo. Sus caminos de hormigas son sus obreros; sus sauces los anarquistas; las montañas sus burgueses. Bajo la mirada de éstos, cegada de odios, ellos refrescan las plantas; limpian de polvo y de fiebre a todos cuantos llegamos con una idea de libertad en los labios. Embarcados para Chile, por arriba de las cumbres, también nos sentimos árboles. Caminos verdes, copas sonoras, raíces húmedas. Es que llevamos adentro el paisaje mendocino.

Cristo en los Andes

Caramba! Tan buena cosa que soy y no me quieren en Chile. En Los Andes me han descendido del tren, los carabineros, y luego de cuatro días de encierro, me retornan a Las Cuevas. Parece ser que, anarquista y todo, tengo allí, al otro lado de la frontera, una patria mía. A ella me vuelven. No he podido ver de Chile más que los muros andinos y las paredes de la Prefectura. Vuelvo con mi hacha en la faja, el poncho al hombro y la fiebre de la inacción en los nervios. Vuelvo "orejano", pues que me han quitado cuanto papel pudiera certificar que era argentino. De esto me alegro. Orejano, sin marcas de fábricas ni envases estampillados, son la luz, el viento, el

agua. Todas las cosas bellas y buenas y fuertes. De lo que no estoy contento es de retornar así, sin estrechar siquiera una mano de compañero. ¡Chile, Chile! Soñaba abrazar tus "rotos", acariciarte tus "guagae". Revolear sobre tu pueblo oscuro mi poncho rojo. A eso venía; para eso había galopado día y noche...

Y mientras medito en esto, el tren cruza la frontera. Es en un túnel que se dividen la Argentina de Chile. Frente a frente, en la húmeda oscuridad, se miran como dos perros furiosos, los dos escudos. Me siento Cristo. Cristo en los Andes. Cristo entre dos bandidos.

Mis gatitos

Hago gracia a los amigos de la Argentina del relato de mis aventuras en la frontera de Chile. Son simplemente grotescas; sólo merecerían tenerse en cuenta para extraer de ellas el eterno jugo amargo de los gobiernos. Y para qué? ... Baste saber que el de allá me denunció al de aquí, y entre los dos me tuvieron, por diez días, como pelota de foot ball en un partido peliagudo: Corrían tras de mí bulto, se despeñaban gambateando para ver de enderezarme cada cual al arco de su contrario. Aquél, por carecer de papeles, no me reconocía; éste me rechazaba por indeseable.

Así las cosas, un jugador con el que no contaron, apareció en el campo: los compañeros de Chile. Se movieron, amenazaron y concluyeron haciendo goal conmigo. Ya estoy en Chile. He venido, saltando de peña en peña, desde Las Cuevas hasta el Cerro Santa Lucía.

Y ahora? ... Quién hace juicio de los guijarros que pisa, si va a pie, de los abismos que salva, si va en tren? ... Eso se olvida pronto. Eso se borra como un penacho de humo tras de la marcha; se tira como el pañuelo que nos enjugó el sudor. A otra cosa.

Estoy en Chile, en Santiago. Como un torrente embalsado, al abrirme la frontera, me he desparamado sobre este valle. Francamente, estoy desperdigado; por más que hago, no puedo recogerme, reconcentrarme. Soy como una gata recién parida; mis gatitos — mis "carteles" — ruedan bajo de los muebles sin ver la teta ni obedecer a mis voces. Dejarlos criar, abrir los ojos, reconocerme. Un día, dos o tres y serán gatos formales, gatos hombres. Entonces os los enviaré, compañeros. Reclamarlos a LA ANTORCHA.

R. González PACHECO

ministraban los rusos a los delegados, y se divertieron y lo mantecaron de lo lindo. Alguna queja hay, porque el mantecado era poco agradable para él; pero se reían tanto al decirle que era simpático, que él no anduvo buscando sino mantecaduras, y aún le parecen pocas las que le dieron.

Los rusos se pasaron la voz, y donde quiera que le encontraban le mantecaban, hallando siempre a Pellegrini en buena disposición para saltar y hacer cabriolas en la manta. Si el cura hubiera comprendido este buen ánimo de su feligrés, le habría cacheteado también, y Pellegrini no hubiera salido de su maravillamiento y quizá lo hubiera contado en "La Batalla Sindicalista".

¡CLAMOR!

Un grito de angustia infinita, se levanta de los antros malditos, donde se apaga la vida lentamente de nuestros hermanos presos, en esta hora de dolor y de rebelión. La burguesía en una ola de infamia ahoga el mundo, y siéga sin cesar las

mejores cabezas de los mártires del Ideal, llenando la Tierra en un gemido de desolación y de muerte.

De España, de Italia, de Rusia, de Norte América, de todos los rincones de la Tierra, cual un torrente de sangre y de dolor, surgió un clamor, inmenso y angustioso del pecho de nuestros hermanos de martirio: ¡Liberación o muerte!

¡Compañeros proletarios! ¡Hermanos en el Ideal! Todos los que alguna vez sentisteis la garra del dolor desgarrar vuestras entrañas! Meditad por un momento en vuestros hermanos de martirio, carne sagrada, llagada, que no tiene manos amigas que la euren: ojos que no ven el Sol jamás, ni el Cielo, ni los árboles, ni las aves, ni los niños; corazón abierto al negro divino del amor, y que sólo recibe el veneno maldito de sus abyectos verdugos; y una vez hecho esto... una vez penetrado de este inmenso dolor, decidme... ¿Es posible que no hagamos más, que no entreguemos todo el ser, en un inefable amor de sacrificio? ...

Difficil, muy difícil es en verdad, para algunos — llegar a penetrarse de ese dolor ajeno; y a entregarse en un sublime impulso de rebelión y sacrificio; pero en la intensidad del dolor,